

ya la armadura que revistió el pecho de los héroes. ¿Quién no recuerda la subasta de los regios despojos de la casa de Osuna? Andaban por allí los Vandick y los Rubens, los Tizianos y los Goyas, que era una bendición. Para una casa noble que, como la de Medinaceli, conserve sus tesoros patrimoniales, hay cinco que se fueron a pique, y cuya riqueza se dispersó a todos los vientos. A veces, un suceso, relatado en la prensa, evoca el recuerdo de alguno de estos grandes naufragios. Estos días, por ejemplo, se ha hablado del caso de una señorita, procedente de la familia de Altamira, y que está sirviendo, como camarera, en el hotel Ritz. Con tal motivo, hízose memoria de la grandeza de los Sessas, de lo que atoraba aquel palacio, del caudal que representaban sólo los documentos de su archivo, que competía con el de la Casa Real, y acaso encerraba curiosidades mayores. Fortunas cuantiosas se labraron con los despojos de Sessa, mientras, entre el descuido y la prodigalidad, la casa se arruinaba, caía para no volver a levantarse. Cuando así ocurre, bien puede afirmarse que las nueve décimas partes del botín salen fuera de España, y no son sólo unos señores aristócratas, sino la patria entera, la que sufre mengua en sus intereses.

España ha sido en esto tan rica, que aun después de todos los atentados que en ella se han cometido —el brutal de la desamortización y expropiación, en la forma en que se realizó, las incautaciones revolucionarias, los derribos de conventos e iglesias que eran primores de arquitectura, y tantos actos de vandalismo que pudieran citarse, sin hablar de las guerras civiles, de los disturbios y sediciones, por ahora cerradas con la semana trágica de Barcelona, con sus formas de incendio y destrucción,—a pesar, en fin, de la continua corriente que arrebata al extranjero nuestras joyas más preciosas, queda aún tanto y tanto de valor artístico que ninguna nación nos supera en esto. En el pueblo más olvidado; en el último rincón español, hallaréis algo digno de admirarse. Hace dos o tres años se celebró en Santiago de Compostela una Exposición de arte retrospectivo. Apenas me daba yo cuenta, a pesar de haber nacido en el país, de cómo pudieron reunirse tan fácilmente y en tanto número, objetos auténticos de tal valía. Hasta en pintura, arte del cual suponíamos que existían escasas muestras en la región, aparecieron hermosos ejemplares. Pero, sobre todo, en plata labrada, fué deslumbrante la Exposición. Cruces, cálices, patenas, porta-pases, custodias, viriles, copones, arcos, urnas, se mostraron en tanto número, que el problema era colocarlos. Y abundaron también los trabajos en piedra, mármol, marfil y bronce, estatuas, arcos, vasos, columnas, lápidas, capiteles. Los que recordábamos otra Exposición de arte retrospectivo, la del Centenario de Colón, nos explicábamos mejor el fenómeno de aquel tesoro de los gnomos saliendo de tierra, surgiendo de las parroquias olvidadas, de las montañas pobres.

Algunos españoles han tratado también de conservar a España su herencia artística, y, en vez de vender a extranjeros, han recogido y coleccionado aquí; varios, aunque seguramente pocos, han legado a Museos españoles objetos de gran mérito, y en primer término debemos recordar a la duquesa de Villahermosa, que ha legado al Museo de Madrid el magnífico retrato del Gollila; otros como el marqués de la Vega Inclán, del cual tendré ocasión de volver a hablar, han salvado con piadoso respeto las reliquias del genio, y le han consagrado ese culto que los pueblos que se aman a sí mismos, con bien entendido amor, profesan a sus grandes hombres; pero han estado en mayoría los vándalos, y el vandalismo no muere, sino que hasta se reencarna en la política, con la consigna de quemar retablos, destruir cuadros de primitivos, y desmoronar iglesias. Y éste me parece el delito mayor de cuantos se pueden cometer. Malo es asesinar, pero la vida humana tiene, seguramente, menos valor que la obra de arte. La vida humana rellora, se transmite, retoña, pulula sobre el planeta; y Napoleón, con su sentido estricto de las realidades, decía a los que le acusaban de derrochar sangre en las batallas, que esa sangre se la devolvía una noche de París. Pero cuando las manos que crearon el arte se han deshecho en ceniza; cuando las épocas que dejaron tras de sí determinada forma de belleza se han desvanecido para siempre, destruir lo que no hay medio humano de reparar, destruir sin remedio, es el supremo crimen, y debería existir en los Códigos pena especial para él.

Volviendo a los anticuarios, que ahora se encuentran en plena *season*, atendiendo a sus clientes de extranjería, diré que, se les oyen tristes quejas fundadas en la decadencia del oficio. Han pasado los días en que con «salir a los pueblos» tal era la consagrada frase, traían abundante cosecha de trapos, lien-

zos arrollados, marcos de riquísima talla, trípticos, tablas de primitivos, lámparas de plata y frontales de guadamací. Hoy sólo queda agotada la mina, escorias, basura, según ellos mismos exclaman desdeñosamente. Lo que antes no se consideraba digno de interés ahora se estima, ha adquirido precio. Las sillas, los canapés, los relojes y los candelabros Imperio, en otro tiempo desdeñados, se pagan ya mucho, y empieza a cotizarse un estilo de mal gusto, pesado y burgués, que en España se llama de Cristina, y en Francia de Luis Felipe. Antaño, los abanicos de Isabel II no valían nada. A precio ínfimo se encontraban en todas partes. Han pegado el salto; cuestan tres o cuatro veces más, y las damas se dignan usarlos, cosa que evitaban antes, porque los encontraban pesados, de forma basta, de paisaje ordinario, de un papel que cruje, y chirriantes al cerrarse y abrirse. Desde que la infanta Isabel ha ido a la Argentina, piden de allí las damas abanicos españoles, y como los de otras épocas escasean, son los isabeleños los que hacen el gasto.

Así y todo, los extranjeros se agolpan en las tiendas de los chamarileros; y como los inteligentes, en cualquier ramo que sea, nunca abundan, es seguro que estos turistas se llevarán en la maleta bastantes falsificaciones que les parecerán maravillas allá en su tierra. He conocido yo a una inglesa, mujer por cierto muy ilustrada, muy conocedora de las antigüedades españolas, y que, sin embargo, compró de buena fe dos sillones completamente falsos. Quería deshacer el trato, pero no hubo medio: no cabía demostrar que el prendero le hubiese dicho que los sillones fuesen de tal o cual época; tanto peor para ella, si se había forjado la ilusión de que eran del tiempo de Lain Calvo y Nuño Rasura. Sin ser yo muy entendida, vi que eran modernos, y se lo dije desde el primer instante; como tuve la suerte de acertar, creyó en mi competencia, que no existía, y me hacía acompañarla a las tiendas, a pesar de mis continuas protestas de que no me sentía capaz de evitarla otro error como el primero. Hay, en efecto, objetos que no puedo afirmar nunca que sean ni verdaderos ni falsos; entre ellos, citaré los hierros forjados. La puerta principal de las Torres de Meirás, está claveteada de grandes clavos de hierro, de la más elegante forma. Parte de ellos son absolutamente auténticos, adquiridos en Avila; y los restantes, han sido labrados, según el modelo antiguo, por un herrero del país. Y a mí, que lo sé, me cuesta trabajo distinguir los verdaderos de los falsos, es decir, de los nuevos; porque, en realidad, si la materia es la misma, si el trabajo es idéntico, y si hasta el alma del artífice campesino es tal vez un alma más bien del siglo XVI que del XX, yo me pregunto ¿en dónde está la superchería?

En otros objetos, en cambio, mi vista, más que mi inteligencia, reconoce lo moderno a las primeras de cambio, y hasta siente como una molestia, una decepción, algo penoso. Las falsificaciones de porcelanas, países de abanico, tallas, muebles, por muy bien hechas que estén, no pueden engañar.

Hay otro aspecto de este comercio, que es sumamente entretenido, y pudiera serlo mucho más, si los prenderos, en momentos de expansión, se decidiesen a contar la historia de lo que venden. ¡Cuántas veces esa historia será un drama! ¡Qué de psicología en un retrato vendido, en un mueble del cual se desprendieron con lágrimas en los ojos!

Hasta lo maravilloso y lo fantástico pudieran encontrarse detrás de un cuadro, de una joya. Por casualidad me enteré de las vicisitudes de una sortija que representaba una enroscada sierpe, en cuya cabeza brillaba una esmeralda. No era la necesidad lo que había obligado a su dueño a desprenderse de la alhaja. Era la convicción, probablemente supersticiosa, pero no por eso menos honda, de que llevaba la desgracia y la muerte aquella sortija, más bien vulgar. Una señorita la regaló a su prometido; a los dos días, el joven murió de una cacería, descargándose la escopeta en el vientre. Su hermano quiso conservar como recuerdo la sortija; apenas la hubo ceñido al dedo, enfermó de paludismo, y no curó hasta quitarse la sortija misteriosa. Un amigo, riéndose de la aprensión, le cambió la sortija por un par de gemelos, y la usó con jactancia: a los tres días, al bajarse del tranvía, se rompió una pierna, y cojo quedó para siempre. Durante su enfermedad, un criado robó la fatal sortija: se la regaló a su querida: apenas ésta se la puso, y la lució en la calle, un antiguo novio la mató de una puñalada. Así, de desastre en desastre, la sortija paró en la casa de empeños... Y tú, lector, no crees en estas cosas, ¿verdad? Pero apuesto doble contra sencillo que, ya enterado, no comprarás la sortijita... aunque te la den en cincuenta céntimos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí el momento en que los extranjeros acuden a Madrid, si no en tanto número como pudiera desearse, lo suficiente para invadir las tiendas de los anticuarios y llevarse a sus respectivos países cuanto ven; por lo cual salen a relucir, victoriosos, los arcones viejos con talla nueva, los bargueños del XVII acabados de hacer en Granada y Valencia, los cuadros del Tiziano, que no los conociera el Tiziano mismo, y otras preases de autenticidad, que no llamaré ni sospechosa, aun cuando no falta nunca quien por auténticas las tome.

Lo primero que hacen los viajeros susodichos, es asombrarse y encontrar que todo es precioso, además de baratísimo. ¡Un Murillo en cien duros! ¡Un Rafael en doscientos! ¡Un Goya en ciento cuarenta y cinco y quince céntimos! No hay como venir a España para descubrir tesoros. ¡No será tono el que se den, allá en sus patrias, los Sres. de Johnson, de Smith, de Black y de White, cuando exhiban, ante sus compatriotas atónitos y envidiosos, la obra maestra!

Y realmente, si ellos la encuentran tal, y tienen el buen acuerdo de no llamar nunca a un experto que los desengañe, son tan felices como si en efecto poseyesen la *Santa Isabel de Hungría*, el *Pasmo de Sicilia* o la *Familia de Carlos IV*. ¿Acaso no vivimos de ilusiones, las tres cuartas partes de nuestro existir? ¿Acaso los mismos grandes inteligentes no acogen, en sus colecciones, copias, supercherías, toda clase de contrabandos artísticos?

Hay cosas así, en que la imaginación puede suplir a todo. No cabe que una piedra sustituya el pan, toda vez que una piedra no mantiene; pero un mediano cuadro equivale fácilmente a una obra maestra, porque la idea de la obra maestra, nosotros mismos la creamos; es algo que, fuera de nosotros, no tiene realidad; cuando no hay ojo que las contemple, las formas, las líneas, los colores, dejan de existir. De suerte que el anglosajón que cargó con un lienzo de Orbaneja y lo juzgó velazqueño, es tan feliz, si lo cree a puño cerrado, como el poseedor de un auténtico, indiscutible Velázquez.

Por eso el arte será siempre cosa muy subjetiva, muy individual, y sujeta a contradicciones y disputas.

Lo innegable es que los prenderos van aprovechando esta temporada propicia, alrededor de la Semana Santa. Quedan las prenderías barridas; todo lo que no había podido encontrar colocación en un año, corre como pan bendito; se desocupan las vitrinas, se sacan, previamente desmenuados, los muebles de panzudas formas, desaparecen los platos de Triana disfrazados de Talavera, y no queda un trapo de casulla para un remedio. Toda esa ropavejería del Antiguo Continente corre hacia el Nuevo, donde se tiene sed de historia, sed del pasado.

Es verdaderamente asombroso que aun quede algo en España. Todos los días se oye referir que alguna casa aristocrática ha vendido, en fabulosa suma, sus obras de arte al extranjero. Ya es el retrato del Greco, ya el estrado de cuero cordobés, ya el tapiz único,